

Casa de misericordia*

Joan Margarit

El buscador de orquídeas

Para el desasosiego adolescente,
en mi casa no había muchos libros.
Los de urbanismo me aburrían,
y *Cataluña, pueblo desdichado*
me parecía demasiado triste.
Cogí el *Mein Kampf*, un breve libro negro
que tomé por profundo, y comencé
por lo más sucio la literatura.
Las palabras de Hitler, tan vulgares,
eran un pozo negro.
No lo he olvidado aunque no lo recuerdo.
Fue una suerte chocar con la realidad.
Fue allí donde empezó la poesía,
difícil y sin falsas esperanzas.
He hecho siempre como el jabalí,
que busca y, delicado, come el bulbo,
también llamado el *orquis*, de la orquídea.

Poemas pertenecientes al libro *Casa de misericordia* que publicará, en edición bilingüe, la editorial Visor.

Al comenzar un concierto

Embarcado en la música,
zarpo desde los muelles de la realidad,
oscuro mar adentro.
Pienso, extasiado, que sé adónde me lleva.
La mente, inquieta, al intentar seguirla,
choca como una mosca en un cristal.
Con las butacas en la oscuridad,
la orquesta es como un barco que se mueve
con sus brillantes luces en la noche.

Casa de misericordia

El padre fusilado.
O, como dice el juez, *ejecutado*.
La madre, ahora, la miseria, el hambre,
la instancia que le escribe alguien a máquina:
Saludo al Vencedor, Segundo Año Triunfal,
Solicito a Vucencia poder dejar mis hijos
en esta Casa de Misericórdia.

El frío del mañana está en la instancia.
Hospicios y orfanatos fueron duros,
pero más dura era la intemperie.
La verdadera caridad da miedo.
Igual que la poesía: un buen poema,
por más bello que sea, será cruel.
No hay nada más. La poesía es hoy
la última casa de misericordia.

Apilando leña

El hombre suele recoger del bosque
troncos caídos con la tempestad.
Va apilando la leña tras la casa.
De cada uno sabe
qué lo hizo caer, dónde lo recogió.
En las noches más frías, contemplando las llamas,
va quemando los restos de lo que ama.

Pareja

Una ciudad de hierros melancólicos
bajo una luna roja de emboscada,
como en los matrimonios por amor.
Luces de un ático, oxidados restos
de algún tesoro de la juventud,
se alejan en la noche. Una dura
pornografía de este viejo brusco
al que hoy ella sonríe tomando de la mano
volviéndole a engañar una vez más.
Una ciudad de hierros melancólicos.
Ha vuelto aún para encontrarla a ella
en los cafés burgueses que una cínica,
brutal y catalana indiferencia
iba ya destruyendo. Qué más da.
Amarse fue cruzar por un puente magnífico
al otro lado de este río seco.

Jaque

La memoria se va deshilachando
como los cabos rotos de las barcas
que se ha llevado el temporal.
Comprender cansa. Pero nunca tanto
que esto no pueda ser el último refugio.
Un difícil final de rey y reina
en un tablero ya con pocas piezas.

Vigencia en la tragedia griega

Jamás, antes de serlo, el mañana lo parece.
Pero, cuando ha llegado, siempre hay alguien
que dice: *ha sucedido algo terrible*.
Quizá, en algún lugar, ya estás perdido.
Hay pensamientos que hoy ya están aquí:
falta que el odio arrecie como el fuego
provocado en las noches de verano,
oscuras y ventosas, mientras tú,
profundamente, duermes en tu cama
con una, siempre estúpida, inocencia.

Perspectiva

Tras el cristal oscuro los abetos,
inmóviles y negros como si fueran príncipes,
en Nochebuena. Está nevando.
El reflejo del fuego del hogar
va, con mano invisible, acariciándonos.
Es un recuerdo y miente, porque nada
pasa como en los cuentos en la vida.
Pero, a pesar de todo, los recuerdos son útiles:
así soñamos que nos acompañan
los muertos, nuestros muertos.
Los tuyos tú, los míos yo. En cambio,
la chica es de los dos.
Con uno a cada lado de la tumba.

Separado

La casa está en una calle
donde no me espera nadie.
Aquí sin ti. Un extraño.

Aquí es donde me he extraviado.
Paseo sin mí, contigo.
Mi sombra, un error venido
de los sitios más helados:
tu corazón y tus manos.
Por todo esto me marché.

La vida desconocida
la he vivido sin ti.
Pero a tu lado.

Tranvía

Bajo la lluvia, cuando ya es de noche,
los coches vuelven hacia sus garajes.
Mi padre no volvió jamás en coche.
Con zapatos de goma y gabardina,
bajaba de un tranvía cuyo ruido
de hierro aún resuena en mi cerebro.
Volvía siempre y yo no sé volver
a donde está mi hija.

Crematorio

Quemar los muertos tiene una aureola
de noche, fuego, olor de humo, ropas
que ondean con sus vivos colores de banderas
a la orilla de un ancho río rojo.
Pero este feo y frío tanatorio
y el humo sin olor y sin imagen
no dan ni para un viento de hojarasca
en zapatos vacíos. Y mi Ganges
cruza por la memoria de aquel piso
junto a la Rambla al que, de madrugada,
bañan con su penumbra las luces de la calle.
Dentro de mí, ahora que habéis muerto,
hay una luz debajo de una puerta.
Como si os dispusierais a dormir.